

COMENTARIO DE LIBRO

Thimothy J. Henderson: *The Worm in the Wheat. Rosalie Evans and Agrarian Struggle in the Puebla-Tlaxcala Valley of Mexico, 1906-1927*. Durham y Londres: Duke University Press, 1998, 288 pp. ISBN 0-8223-2216-1.

El libro de Henderson es fascinante, pero complicado. Se lee como una novela, pero complicada, en la cual se desenvuelven la vida y las luchas de una mujer insegura, desesperada por la muerte repentina de su marido en plena Revolución, la estadounidense Rosalie Caden. Ella vivía con su padre en la ciudad de Puebla donde se casó con el banquero británico Harry Evans. Como Rosalie odiaba Puebla —una tía y una hermana murieron allí— decidieron salir de la ciudad y dedicarse a la agricultura. Compraron, casi en los albores de la Revolución, la hacienda de trigo San Pedro Coxtocan cerca de San Martín Texmelucan. San Pedro era una hacienda rodeada de varios pueblos y con un sistema de riego que reclamaba mucha agua. Como muchos hacendados, cuando la Revolución se agravó, los Evans se refugiaron en la ciudad de México, y posteriormente, viajaron a Europa. En 1917 Harry Evans decidió regresar solo a México en un intento por recobrar San Pedro, ahora en poder de los revolucionarios agraristas de Domingo Arenas. Harry Evans murió a los pocos meses y su viuda Rosalie regresó de Europa a México. Decidió enfrentar su dolor con una actitud agresiva, y defender a toda costa lo que le quedaba como herencia de la labor de su difunto marido, la invadida hacienda San Pedro. Rosalie realizó esa defensa con peticiones, alegatos, amenazas y armas, durante siete

largos años, desde 1918 hasta su muerte violenta en agosto de 1924. Su lucha cada vez más extremista para defender su propiedad, estaba íntimamente vinculada con intrigas políticas, violencia, alianzas fluctuantes, caos y altibajos en el poder local. Es un drama, un verdadero drama, pero podría ser el *libretto* de una ópera con un fondo de pobreza campesina levantisca.

Aparte de una lectura muy agradable, el autor ha sido capaz de presentarnos, incluso, una biografía completa, incluyendo un análisis profundo de los protagonistas. Destacan sobre todo, el cambio personal de Rosalie, una mujer dependiente de su esposo, se transformó en una viuda decidida y, a lo largo de los años, más solitaria y tratando de alcanzar un objetivo cada vez más difícil de lograr. Rosalie era una mujer inteligente, decidida y muy valiente —uno de los campesinos la recordó así “tenía huevos”. Por otro lado, el autor deja claro que Rosalie era una egoísta beata y obstinada en grado extremo, dispuesta a distorsionar los hechos en sus informes, quejas y publicaciones. Se vio, así la caracteriza el autor, a sí misma como la heroína en un drama noble en defensa de la civilización. Se aferraba a su hacienda, pero sus opiniones acerca de México fueron determinadas por un fuerte etnocentrismo anglosajón xenófobo. No solamente anglosajón porque también en el continente europeo muchos contemporáneos consideraban —como los Evans— a México como un país semisalvaje, con un campesinado que por su apatía y pocas necesidades no requería de reforma agraria, sino de una dirección fuerte y disciplinaria. En 1918, en pleno calor de luchas intrarrevolucionarias y un fuerte agrarismo en los pueblos vecinos, la viuda de Evans regresó a San Pedro y, con altibajos, logró quedarse, echar a los agraristas y retomar el control sobre el cultivo de trigo por más de cinco años. Mientras tanto, defendió, cada vez más decidida, lo que consideraba su propiedad para siempre, la hacienda San Pedro. Rosalie ignoraba por completo resoluciones o decretos en su contra, buscó alianzas y amigos por todas partes —algunos le daban consejos poco acertados. La hacendada, valiente, pero imprudente, regañaba a comandantes, militares, gobernadores y al presidente de la República y exigía la intervención de los grandes poderes en Londres y Washington. Cuando la lucha agraria local en el valle de Texmelucan llegaba a su apogeo con caciques agrarios como Manuel M. Montes, Rosalie demostraba una recalcitante, cerrada y desbordante locura. Desde aquellos momentos, cuando la “hacendada obstinada”, acompañada de un verdadero pistolero estadounidense, montó

a caballo, con perros y látigos y echó a los campesinos agraristas, el lector ya tiende a preguntarse: ¿cuándo, por fin, la matarán?

Murió la tarde del sábado 2 de agosto de 1924, víctima de una emboscada, pero ¿quiénes fueron los asesinos y cuales los impactos político e internacional? Las respuestas a estas preguntas obligaron al autor a seguir sus pesquisas, porque el caso Evans y las publicaciones tendenciosas y sesgadas, alrededor de su lucha y muerte, fueron acogidas por toda clase de intereses políticos desde el ámbito regional del valle de Texmelucan hasta el internacional con sus reverberaciones en Washington y Londres. Todos los protagonistas en el "caso Evans", dieron sus opiniones, tuvieron que disculparse o echar la culpa a otro. Entre ellos estaba el presidente de la República, varios gobernadores de Puebla, diplomáticos británicos y estadounidenses, militares mexicanos, líderes agraristas y empleados de la señora Evans. Era de esperar que en tal clima acalorado, la publicación de la correspondencia "pulida" de la hacendada, con sus opiniones sesgadas y su fabricación de los hechos, por la editorial estadounidense Bobbs-Merrill (1927), fue razón suficiente para que el gobierno mexicano no permitiera la venta de los *Rosalie Evans Letters* en México. Henderson nos presenta, con una amplia evaluación, el impacto de este libro entre amigos y enemigos del México revolucionario.

¿Cómo era posible que los alúbjos en la lucha de una hacendada extranjera, propietaria de una hacienda mediana, pudiera provocar un número tan considerable de crisis y alteraciones que involucraban constantemente no sólo a numerosos mandatarios, militares, políticos y funcionarios mexicanos, sino también a los poderes más importantes del mundo: Gran Bretaña y Estados Unidos?

La respuesta, probablemente, está en la confluencia de unas condiciones muy especiales. Por un lado, tenemos entre 1917-1927 un régimen revolucionario que salió de la revolución armada e intentó consolidar su fuerza y recobrar el reconocimiento diplomático de los grandes poderes. Pero no a toda costa, porque algunos objetivos de la Revolución, la justicia social (agraria) y la soberanía nacional eran ineludibles. Por otro lado, tenemos una hacienda a la cual le tocaba estar ubicada, primero, en uno de los estados con mayor inestabilidad política entre 1915-1930, segundo, estar en el valle de Texmelucan, una región ya con inquietudes agrarias antes de la Revolución, con una historia revolucionaria agrarista comparable en intensidad con la de Morelos y, posteriormente, con uno de los cacicazgos agrarios más

violentos de México, el de Manuel M. Montes, un cacique que eliminaba, sin perdón, a sus enemigos o a los pacíficos habitantes de los pueblos, provocando serias discordias y rencores. Por fin, tenemos que mencionar la personalidad de la señora Evans con una actitud poco corriente, porque la mayoría de los hacendados extranjeros nunca se atrevieron a llegar a esos extremos. Henderson también evalúa prudentemente hasta qué grado desempeñaba un papel su condición de mujer. ¿Le protegía su género?

Henderson nos presenta un análisis profesional en el cual la confluencia de estas condiciones tuvo como resultado que la "hacendada obstinada", no obstante sus visiones sesgadas sobre México y los pocos conocimientos de su cultura política, no dejó de ignorar, por años, la ineficiente, corrupta y altamente politizada burocracia de la reforma agraria. Los éxitos de la hacendada entre 1918-1924, se debieron a las contradicciones en los ámbitos federal, de estado, regional y de los pueblos. Primero, un Ejecutivo federal que tuvo que enfrentar retos constantes que hacían peligrar su consolidación, el orden interno y su reconocimiento internacional, condiciones previas a la adquisición de préstamos. En tales situaciones la reforma agraria era un hierro candente *par excellence*: era objetivo sagrado de la Revolución, pero a la vez manzana de la discordia interna y un obstáculo en las negociaciones internacionales. Debilidad o paralización federal tuvieron sus efectos sobre las contradicciones que se desbordaban en el estado de Puebla en un alto grado de ingobernabilidad en todos estos sectores (varias gubernaturas y congresos simultáneos, desaparición de poderes locales y municipales e imposiciones violentas). En el ámbito subregional encontramos la lucha libre entre caciques laboristas o agrarios con sus milicias, los conflictos entre fraccionistas y agraristas en los pueblos, que se entrelazaron con tradiciones conflictivas de linderos y aguas.

El libro de Henderson es el análisis de la lucha de una hacendada valiente, pero irreflexiva en la defensa obstinada de lo que ella consideraba como su propiedad eterna y lo hizo en condiciones locales extraordinariamente complicadas y difíciles, en comparación con otras zonas del México revolucionario. El libro incluye, bien justificado, el análisis de los protagonistas importantes: los mayordomos y ayudantes de la viuda de Evans, el sanguinario estadounidense Camp y el neófito alemán Strathaus, el cacique agrarista Montes, igualmente sanguinario, el diplomático sin diplomacia Cummins y varios de sus colegas estadounidenses. Con la importante parte *post mortem* tenemos un estudio

muy completo, muy profesional y fascinante para leer y que merece una pronta traducción.

El retrato del encargado de negocios de Gran Bretaña, H. A. Cunard Cummins, es uno de los más fascinantes del libro. Cummins parece haber sido un *ignoramus* en cuanto a México. Calles decía que él sabía más de críquet que Cummins de México. Lo peor es que llevaba muchos años viviendo en este país y compartía por completo las ideas de la señora Evans. La actitud arrogante y la soberbia del *chargé d'affaires británico*, frente a las autoridades mexicanas, iba bien con el enojo abierto y poco cortés de la viuda de Evans, pero entre los dos perdieron por completo el *goodwill* de las autoridades mexicanas, no obstante que varios mandatarios de vez en cuando se aprovecharon del caso para sus fines políticos o personales.

Por fin un comentario crítico, sobre todo en cuanto a la parte histórica al inicio del libro. La brigada Xicoténcatl, en la Tlaxcala revolucionaria, no existió antes de 1914. La unificación interna de los revolucionarios tlaxcaltecas era un problema que se arrastró por mucho tiempo y Arenas no fue, al inicio, nombrado comandante de la brigada, sino de la sección del difunto comandante Villegas. Más tarde, Rojas nombró comandante al coronel Domingo Arenas, pero jerárquicamente quedaba debajo, Rojas. Las negociaciones para que Domingo Arenas se reintegrara al constitucionalismo no fueron en 1915, sino un año más tarde. No hay necesidad de incluir el término División Arenas entre comillas, porque esta división existía y figura en los documentos del Archivo Histórico de la Defensa Nacional. Arenas, tenía formalmente como encargo militar, la protección del Ferrocarril Interoceánico. La división fue, en parte, trasladada, después de la muerte de Arenas, a otros lugares de la República. La perspectiva exclusivamente poblana del análisis del arenismo distorsiona, hasta cierto grado, el movimiento arenista autónomo de 1916-1918, porque la organización política (el partido arenista) y el programa sí existían, no obstante los dominios autónomos personalistas de los comandantes arenistas. Lo que sí es cierto es que Arenas dejaba estos aspectos de su movimiento a su secretario tlaxcalteca Andrés Angulo. Arenas sí sabía de qué lado estaba, es decir, de su propio lado y nada más.

Raymond BUVE
Universidad de Leiden